

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 245

Noticias relativas a la matanza de españoles en Valladolid (Morelia)

Habiendo dirigido varias preguntas acerca de los sucesos de la provincia de Michoacán al presbítero don Mucio Valdominos, sujeto de mucha instrucción, me ha dado la siguiente respuesta sobre la relativa a los europeos presos en Valladolid, y asesinados en las inmediaciones de aquella ciudad.

“Quinta: ¿qué número de españoles fueron muertos en el cerro de la Batea, sus nombres, en cuántas partidas los sacaron, quién los sacaba, parte que en esto tuvo don Manuel Muñoz, de Silao, conocido con el nombre del padre chocolate; cómo se supieron estas matanzas?”

Este acontecimiento, horrible sin duda, y que tanto cooperó para los espantosos asesinatos que después por una y otra parte se cometieron, ha sido exagerado respecto a su número. Se ha dicho que fueron doscientos españoles; otros han aumentado hasta trescientos. La verdad es ésta. La primera partida que sacó Muñiz fue de cuarenta y uno; la segunda de treinta y tantos. Se les dijo en la mañana, víspera de su salida, que iban a marchar a Guanajuato. Fueron custodiados por un número considerable de caballería, y salieron en dos días consecutivos. Pasado uno o dos días, el padre Jiménez, conocido bajo el nombre de “chinguirito”, dijo en varias partes cuál había sido el triste destino de las dos partidas. Cuando corrían estos rumores, el padre Caballero, prior de San Agustín, pariente del intendente Anzorena, fue a verlo para suplicarle que no se continuaran las expediciones de españoles, pues se sabía ya que era para degollarlos. Anzorena le sostuvo al padre Caballero que era mentira. Instó con energía dicho padre Caballero, y entonces Anzorena dando un golpe en la mesa, le dijo estas mismas palabras: “primo, tiene usted la cabeza de

hierro”. Al salir el padre Caballero de la casa de Anzorena, concibió la siguiente idea. Despachó a un mozo fiel de la hacienda de Izícuaró al cerro de las Bateas, para que si era cierto que habían sido degollados los españoles, recogiera alguno de los restos y se lo trajera. El mozo cumplió con este encargo. El padre Caballero volvió a ver a su primo Anzorena, insistió en que no saliera una partida cuya salida se anunciaba para el día siguiente. Anzorena se negó, repitiendo que eran patrañas las que corrían sobre degüello. Entonces el padre Caballero salió a la puerta, donde estaba el corista que lo acompañaba con un tompeate bajo del hábito; entró con él, quiso sacar la cabeza; pero me decía que no había podido resistir al horror que esto le causaba, y colocó el tompeate en la mesa donde Anzorena escribía. Anzorena se retiró inmediatamente y estuvo largo rato sin hablar, apoyado en el marco de una ventana. El padre Caballero le suplicó que diera orden para que no saliese la partida del día siguiente. “Voy a ponerla”; fue la respuesta de Anzorena. Se acercaba ya a la mesa para escribirla, cuando el padre Caballero le manifestó que si los españoles continuaban en la cárcel de palacio, estaban expuestos a los resultados de un movimiento popular. Que lo más acertado era dividirlos en varios conventos; a todo esto accedió Anzorena, y el día siguiente los superiores de la compañía, San Agustín, San Francisco, San Juan de Dios, recibieron todos los presos que estaban en la cárcel de palacio; edificio destinado a la corrección de clérigos, y que por estar contiguo a la casa episcopal lleva aquel nombre.

He referido minuciosamente todo lo anterior, porque me ha parecido bien conservar las expresiones originales con que el padre Caballero repetía aquel incidente. Tengo la profunda convicción de que no hay en esto ni aún la más ligera inexactitud; he aquí las pruebas en que me apoyo. Primera: el padre Caballero era de toda veracidad. Segunda: en aquel mismo tiempo existía otro religioso con quien el padre Caballero tenía estrecha

relación, el que lo acompañó hasta la portería cuando se dirigía a la casa de Anzorena con la cabeza del español, y él mismo oyó, sin poner el más ligero reparo, la relación que el mismo padre Caballero me hacía. Tercera: otro religioso antiguo, el padre fray Pedro Estrada, me enseñó en la iglesia el lugar en que la cabeza se sepultó. Cuarta: varios españoles de los que se libraron por los buenos oficios del repetido padre Caballero, ocurrieron al general Cruz cuando entró a esta plaza, y solicitaron se le diese un premio distinguido. Se produjo una información, se dirigida al virrey, y a los dos años se le concedieron por el general de su orden, a consecuencia de esos mismos informes, varios honores y títulos de su provincia, y recibió al mismo tiempo carta de Cádiz en que le aseguraban debería aguardar pronto una mitra. He aquí datos muy suficientes para apoyar la verdad de la anterior narración.

He dicho arriba que la primera partida de españoles fue de cuarenta y uno, lo que es muy exacta, pues así me lo ha asegurado don Juan de Dios Ruiz de Chávez, que estaba de oficial de guardia en la prisión, y que se los entregó a Muñiz. “Jamás he podido olvidar ese número fatal; siempre se presenta a mi memoria,” me ha repetido muchas veces. La segunda partida tiene un número incierto. Varían todas las personas de quienes me he informado, aunque todas están conformes en que era menor que la primera. Muy difícil me ha sido saber algunos nombres, y la razón es sencilla. La mayor parte de los españoles presos residían en los pueblos; así es que eran poco conocidos en ésta. Se conserva memoria de los siguientes. El asesor Terán, don N. Sierra, don M. Sierra, don Hilario Norma, don Juan Arana, don Manuel Ortiz, don Alberto Gurruchaga, don José Rumazo, don N. Muñoz, don N. Cosío, don Francisco Arrochena, don Pedro Larragoiti, don Pedro Gamba. El padre don Luciano Navarrete llevó la segunda partida. Quien los degolló fue un indio llamado tata Ignacio, que según parece murió después asesinado. Estos dos

individuos cometieron después crímenes espantosos; casi no hubo asesinato en Michoacán en que no aparezcan. Como una prueba de la ferocidad del indio Ignacio, referiré lo siguiente. En Jaujilla, en Zacapu, y en varios puntos, el padre Navarrete entregaba las víctimas a tata Ignacio, y este contrataba los vestidos a vista de ellos mismos. En el momento de la ejecución, los hacía desnudar para que no se echara a perder su ropa.

La última parte de la pregunta es relativa al padre Muñoz, a quien Anzorena encargó el cuidado de los presos. No tuvo parte en esos asesinatos, pues purificó su conducta con los mismos presos, cuando lo estuvo por el gobierno español. Era un hombre sencillo, aunque con decidida inclinación a mezclarse en todo.”

NOTA. El obispo electo de Michoacán Abad y Queipo, en su carta pastoral de 26 de septiembre de 1812, página 61, da con alguna diversidad de lo que dice el padre Valdobinos, el número de europeos que fueron sacados a degollar, en las dos partidas que salieron de Valladolid, y de allí he tomado el que expreso en el lugar respectivo del texto; pero la diferencia es tan corta, que puede tomarse indiferentemente el uno o el otro número, sin alterar la sustancia del hecho.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602